

bian quantos podian al castillo, é iban dexando la villa. E los otros Ricos-Hombres é Caballeros cada uno por su parte peleaban valientemente, é subieron por fuerza de armas por el muro. E los Moros desampararon las torres y el adarve, é fuéronse quanto mas presto pudieron al castillo; é los Señores pusieron sus vanderas cada uno en la torre que ganó á la parte de su combate. E los Moros desde el castillo peleaban quanto podian con vallestas é hondas y mandrones, é ferian muchos de los que estaban en la villa.

CAPÍTULO XXXI.

Del debate que hubo entre los hombres d'armas sobre quien había entrado primero; é como el Infante mandó saber la verdad.

E la villa así tomada, hubo gran debate entre los hombres d'armas, porque cada uno dellos afirmaba haber entrado primero en la torre. Y el Infante mandó hacer la pesquisa por todos los sesenta hombres d'armas que subieron en el escala, é hallóse por verdad que los primeros quatro que saltaron á la torre fueron Gutierre de Torres Doncel del Infante, é Gonzalo Lopez de la Serna, é Sancho Gonzalez Cherino, é Fernando de Baeza; é los primeros que salieron, fué un Vizcaino que llamaban Juancho, é murió en la torre, é un escudero de Carlos de Arellano que llamaban Juan de San Vicente, é muchos otros fueron allí feridos, de que la historia no hace mencion. Y el Infante hizo merced á todos los sesenta que fueron en el escala, aunque fué mucho mas crecida la que hizo á los quatro que saltaron primero en la torre como dicho es.

CAPÍTULO XXXII.

Del trato que los Moros que estaban en el castillo movieron al Condestable.

Y estando ya el Infante aposentado en la villa con todas sus gentes, los Moros que estaban retraidos en el castillo hablaron con el Condestable, é pidieronle por merced que dixese al Infante que los dexase ir con todo lo que tenían, é les mandase dar bestias para lo llevar, é les mandase comprar lo que llevar no pudiesen, y que le darian el castillo libremente.

CAPÍTULO XXXIII.

De como el Infante respondió qué no haria tal pleytesia.

El Infante respondió que él no haria tal pleytesia, mas lo que queria era esto: que fuesen sus captivos, é le diesen luego los Christianos que ahí tenían, é perdiesen todo quanto tenían. E los Moros respondieron que ante querian morir que otorgar en tal pleytesia, é que juraban por su Ley de quemar toda la villa é morir allí; é que esto era lo que mejor les venia.

CAPÍTULO XXXIV.

Como los Moros demandaron que viniese á hablar con ellos alguno que fuese de linage del Infante.

E despues desto, lunes (1), veinte é dos dias de Setiembre, los Moros llamaron á habla, é dixeron que viniese allí alguno que fuese del linage del Infante. Y el Infante mandó que fuese á la habla el Conde Don Fadrique, su tio, é con él el Obispo Don Sancho de Roxas. E los Moros dixeron al Conde y al Obispo que les pedian por merced que hablasen con el Infante que por excusar muertes de Christianos y de Moros, los mandase poner en salvo con todo lo que tenían. A lo qual el Conde y el Obispo les respondieron que bien veian que no se podian defender, é que debian venir en todo lo que el Infante les requeria, porque en la vida muchos remedios hay. A lo qual el Alcayde de Antequera respondió, que pues el Infante así lo queria, que hiciese lo que le pluguiese, que mas queria morir defendiendo aquella fortaleza, que vivir como ellos decian. El Conde y el Obispo le respondieron que hablarian con el Infante, é verian si podrian con él acabar algo de lo que querian. El Conde y el Obispo hablaron muy largamente en esto con el Infante, dándole á entender que les parecia tentar á Dios en querer demandar tantas cosas; que el tiempo cargaba de aguas, y aquella fortaleza era tal, que se podia defender treinta dias, é por ventura mas, en que seria forzado de morir muchos Christianos, segun los pertrechos que los Moros tenían, y que se debia su Señoría contentar con que los Moros se fuesen en salvo con todo lo que tenían, ecebadas armas é mantenimientos, é dándole los Christianos que captivos tenían. A lo qual el Infante respondió que pues esto les parecia, que hablasen con el Alcayde é hiciesen como mejor pudiesen. El Conde y el Obispo volvieron á la habla con el Alcayde é con los Moros del castillo, é concertáronse en esta guisa: que los Moros diesen el castillo al Infante, é dexasen ende todas las armas é bastimentos que tenían é los almadraques, é diesen los captivos Christianos, é saliesen con todo lo otro, y el Infante les diese mil bestias en que llevasen sus mugeres é hijos é las otras cosas que tenían, é los mandase poner en salvo en Archidona, que era dos leguas de Antequera. E acabada esta pleytesia, el Conde y el Obispo lo fueron decir al Infante, al qual plugo dello; é así el castillo se le entregó.

CAPÍTULO XXXV.

De como se concertó que los Moros estoviesen el dia siguiente en el castillo.

La pleytesia concertada, quedó que los Moros estoviesen el dia siguiente en el castillo aderezando todo lo que habian de llevar. Y el miereoles, que fue

(1) En el original decia *Viernes*, debiendo decir *Lunes*.

ron veinte é quatro dias de Setiembre, entraron en el castillo el Conde Don Fadrique y el Obispo de Palencia, é los Moros les entregaron la torre del omenage. Y el Infante puso por alcayde en el castillo é la villa á Rodrigo de Narbaez, su doncel, que habia criado desde niño en su cámara, y era caballero mancebo esforzado, é de buen seso é buenas costumbres, y era hijo de Fernan Ruiz de Narbaez, que fué buen caballero y sobrino del Obispo de Jaen; é mandóle que tuviese en la fortaleza veinte hombres d'armas tales quales él entendiese que convenia para la guerra é guarda. E mandó que todos los Moros saliesen é se pusiesen fuera del Real en el camino de Archidona, é allí sacasen todo lo que tenían de llevar, porque todos juntos se partiesen, y el Infante los mandase poner en salvo en Archidona; y en este dia comenzaron á salir, é otro dia jueves fueron todos salidos, y el Infante los mandó contar, é fueron todos dos mil é quinientos é veinte y ocho personas, en esta manera: hombres de pelea ochocientos é noventa é cinco, y mugeres setecientas é setenta, é niños y niñas ochocientas é sesenta y tres. E desde fueron salidos pusieronse todos en el Real que el Infante habia ordenado, é allí estuvieron dos dias vendiendo de su hacienda lo que quisieron, en tanto que les daban bestias; é allí murieron hasta cincuenta hombres de los Moros que estaban feridos. E de allí el Infante los mandó poner en Archidona, donde murieron muchos dellos porque iban dolientes.

CAPÍTULO XXXVI.

De como el Infante mandó escribir todo el bastimento é armas que en el castillo habia.

Despues que la villa é castillo estuvo por el Infante, é los Moros fueron dende partidos, el Infante mandó á Anton Gomez, Contador mayor del Rey, que fuese al castillo é hiciese escribir todo el bastimento é armas y otras cosas que en él estaban, porque todo lo entregasen á Rodrigo de Narbaez, Alcayde, porque diese buena cuenta de lo que recibia al Rey su señor cuya aquella villa era.

CAPÍTULO XXXVII.

Del enojo que el Rey de Granada hubo desde que supo que el Infante tenia la villa é castillo de Antequera, é lo que sobre ello hizo.

Como el Rey de Granada fué certificado que el Infante tenia la villa y castillo de Antequera, é que los Moros que della escaparon eran idos á Archidona, fué dello muy triste. E los Caballeros de su Consejo le dixeron: «Señor, no te enojas, que en las cosas de la guerra así acaesce; é si agora los Christianos tomaron á Antequera, la gente no se perdió, é podrá ser que la tornemos á tomar con la gente que en ella está, é será mas nuestro provecho, é despues del mal se espera el bien; é pues agora, Señor, los Christianos están ufanos y alegres con esta victoria, dadnos licencia que entremos en su tierra, é querrá Dios que podremos ende tanto

mal hacer en poco tiempo, como ellos han hecho en seis meses que han estado en la tuya.» E al Rey plugo de lo que le decian, é mandó que cavalgasen dos mil de caballo é algunos peones, los quales fueron á Alcalá la Real é corrieron la tierra é talaron las viñas y huertas é no so detuvieron ende mas de un dia.

CAPÍTULO XXXVIII.

De como desde que el Infante hubo ordenado la guarda de Antequera, embió combatir tres castillos que cerca dende estaban.

El Infante desde que hubo ordenado todas las cosas que convenian para la guarda de Antequera, fué certificado que cerca dende habia algunos castillos que podia ligeramente tomar, y el uno decian Aznalmará; y al otro Cabeche, y al otro Xebar. E hubo su consejo de lo que en ello debian hacer, é acordóse que los embiase á combatir; y en veinte é ocho dias del mes de Setiembre mandó á Don Enrique, Conde de Niebla, su primo, é á Don Rui Lopez Dávalos, Condestable de Castilla, que con sus gentes combatesen á Aznalmará; é mandó á Don Lope de Mendoza, Arzobispo de Santiago, é á Don Lorenzo Suarez de Figueroa, Comendador mayor, que combatesen á Cabeche. E como estos Caballeros allegaron sobre Aznalmará é comenzaron á combatir, luego se dieron á pleytesia, é dexaron el castillo libremente; é los Caballeros dieron lugar que los Moros se fuesen en salvo. E el Arzobispo y el Comendador mayor comenzaron á combatir á Cabeche, é dióseles luego á pleytesia que dexasen ir los Moros en salvo con todo lo que tenían, é así se hizo. E luego el Condestable y el Conde de Niebla, como hubieron tomado á Aznalmará, pusieron recabdo en la fortaleza é fuéronse luego sobre Xebar; y estándola combatiendo, vinieron el Arzobispo de Santiago y el Comendador mayor, é todos juntos combatiéron la fortaleza muy fuertemente. E los Moros defendianse é ferian muchos Christianos de piedras y de vallestas. E como quiera que todos estos Caballeros trabajaron mucho en este combate, el Condestable se mostró mucho mas que otro, é teniendo un paves en la mano se juntó con el muro, dando grandes voces á todos que combatesen como caballeros, que muy prestamente tomarian la fortaleza. Y en este combate mataron un escudero bueno, vecino de Valladolid, que se llamaba Christoval Ruiz, é otros tres peones; é allí fué ferido Don Lope de Mendoza, Arzobispo de Santiago, de un pasador por el pié. Y el combate se hizo de tal manera, que el castillo se entró por fuerza, donde murieron quatorce Moros, é los otros se retraxeron á la torre del omenage é demandaron pleytesia; é afloxóse el combate de la torre, así por esto como porque era noche; é todos los Christianos daban voces diciendo que no se quisiese pleytesia é que muriesen todos los Moros, pues allí era herido el Arzobispo de Santiago é habian muerto á quatro Christianos; y estos Señores por contentar la gente dixeron que así lo harian, é que no los to-

marian á pleytesía. E habido su consejo, conosciéron que el castillo no se podría tomar sin muerte de muchos Christianos, é por eso hablaron con los Moros que esa noche se fuesen por una puerta falsa que tenían, de manera que los Christianos no lo viesén. E otro dia de mañana acordaron de combatir la torre, é quando ende llegaron, hallaron que los Moros eran idos, é así la fortaleza se tomó. E desque el Infante supo como tres fortalezas eran tomadas, hubo muy gran placer, é mandó poner Alcaydes en ellas; y el Infante puso por Alcayde en Aznalmara á Albar Rodriguez de Abrego, que era un buen escudero vecino de Sevilla, é mandóle dar paga para seis de caballo é treinta hombres de pié; é puso en Xebar á Pero Sanchez Descobar, é mandóle poner otra tanta paga; é puso por Alcayde en Cabeche un escudero natural de Olmedo, é mandóle poner otra tanta paga como á cada uno de los otros.

CAPÍTULO XXXIX.

De como el Infante hizo bendecir la Mezquita que es dentro del castillo de Antequera, y el Infante vino ende en procesion con todos los Clérigos.

Y en el primero dia de Octubre ordenó el Infante de hacer bendecir la Mezquita de los Moros que dentro estaba del castillo; y el Infante vino desde su Real en procesion, viniendo á poner todos los Clérigos é Frayles que en el Real habia con las cruces é reliquias de su capilla, llevando delante los pendones de la Cruzada é de Santiago é de Santo Isidro de Leon, é la vadera de sus armas y el estandarte de su devisa; é iban con él todos los Grandes que en su hueste estaban, dando muy grandes gracias á Nuestro Señor. E así entraron en la Mezquita, é dixose ende Misa cantada é predicacion, é bendixeron sus altares, é pusieronle nombre San Salvador; y estuvo este dia el Infante é todos los Grandes en la villa. Y en este dia tomó el Infante el pleyto omenage á Rodrigo de Narbaez, é ordenó su partida para se ir á Sevilla.

CAPÍTULO XL.

De como en esta guerra pocos quedaron en el Andalucía que no pusieron las manos, é quedaron por venir muy gran parte de los de Castilla.

En esta guerra pocos hubo en el Andalucía que no pusieron las manos, así por servicio de Dios y del Rey, como por el grande amor que al Infante todos habian; é de los Caballeros de Castilla quedaron muchos por venir, porque á algunos fué mandado quedar en la guarda del Rey, é otros por otras diversas causas, é algunos que el Infante no quiso llamar porque queria que quedasen descansados con la intencion que tenia de proseguir esta guerra, é parecíale que era razon de no traer todos juntos los Caballeros del Reyno. E como quiera que todas las Cidades é Villas del Andalucía trabajaron mucho en esta guerra, la Ciudad de Sevilla sir-

vió mucho mas é con mayor presteza que ninguna otra; é así el Infante gratificó mucho á todos los naturales della, reconociendo el gran servicio que á Dios y al Rey é á él habian hecho en esta guerra.

CAPÍTULO XLI.

De como el Infante partió de Antequera sus batallas ordenadas.

El Infante partió de Antequera ordenadas sus batallas, en viernes á tres dias de Octubre, é puso su Real ribera de un rio que es á media legua de Antequera, é allí esperó aquella noche porque llegase toda la gente del Real. E otro dia sabado fué al rio de las Yeguas, y estuvo allí el domingo; é mandó hacer ende alarde, como quiera que era ida mucha de su gente, pero con todo eso se hallaron ende mas de cinco mil de caballo entre hombres darmas é ginetes, é mucha gente de peones. E aquí vinieron al Infante Diego Hernandez Abenzacín é Zayde Alemin, y el Infante les mandó que fuesen con él á Alhonor, é allí veria con que vinian. E otro dia fué á un rio que dicen Alhonor, é ahí estuvo con él Zayde Alemin, é hablóle de parte del Rey de Granada por concertar la tregua, é no se concertaron; é luego ordenó sus fronteros, é mandó al Conde de Niebla que se fuese á Xerez, y embió con él á Pero Alonso de Escalante con todos sus vasallos; é mandó que luego entrasen correr á Gibraltar, porque le dixeron que los Moros tenían allá sus ganados. E otro dia miercoles, el Infante fué á Ecija, y el viernes á Fuentes, y el sabado á Carmona, y estuvo ahí el domingo; y el lunes vino á Alcalá de Guadaíra, é allí ordenó la forma en que habia de entrar en Sevilla.

CAPÍTULO XLII.

De como el Infante entró en Sevilla, é del rescibimiento que le fué hecho.

Otro dia martes, catorce dias de Octubre del dicho año, entró en Sevilla el Infante Don Fernando, é venian con él los Perlados é Ricos-Hombres é Caballeros que se siguen: Don Lope de Mendoza, Arzobispo de Santiago, é Don Sancho de Roxas, Obispo de Palencia, é Don Fadrique, Conde de Trastámara, é Juan de Velasco, Camarero mayor del Rey, é Gomez Manrique, Adelantado de Castilla, é Pero Manrique, Adelantado de Leon, é Diego Hernandez de Quiñones, Merino mayor de Asturias, Carlos de Arellano, Señor de los Cameros, Garcifernandez Manrique, Señor de Aguilar é de Castañeda, Fernan Perez de Ayala, Merino mayor de Guipuzcoa, Juan Hurtado de Mendoza, Mayordomo mayor del Rey, Pero Carrillo de Toledo, Merino mayor de Burgos, Perafan de Ribera, Adelantado de la Frontera, Pero Garcia de Herrera, Mariscal del Rey, Diego de Sandoval, Mariscal del Infante, é Don Alvar Perez de Guzman, Alguacil mayor de Sevilla, é Fernan Alvarez de Toledo é otros muchos Caballeros. El Almirante Don Alonso Enriquez, el Condestable Don Rui Lopez Dañalos, é Don Pero Ponce de Leon,

Alonso Tenorio, Adelantado de Cazorla, eran ya partidos, el Almirante á ver su flota, é los otros á las fronteras que les era mandado. E salieron á rescibir al Infante, de Sevilla, Don Alonso Arzobispo della, é Don Enrique, Conde de Cangas é Tineo, que estaba entonce con la Infanta Doña Leonor, muger del Infante, é los Alcaldes é Alguaciles é Veinte y Quatro é Jurados é Caballeros y Escuderos, é todos los oficiales de la cibdad con juegos, y danzas é grande alegría, en la forma que suelen rescibir á los Reyes, aunque hizo grande estorbo á la fiesta la grande agua que hacia aquel dia. E venian delante del Infante todos los hombres darmas é Caballeros, y empos dellos venian diez y siete Moros de los que fueron presos en la batalla que el Infante venció á los Infantes de Granada, los quales iban á pié, é cada uno dellos llevaba una vadera sobre el ombro llegando las puntas al suelo, que fueron tomadas en aquella batalla; é luego venia un Crucifixo, y en pos dél dos pendones de la Cruzada, el uno colorado y el otro blanco; é luego mas cerca del Infante venia el Adelantado Perafan, que traía delante dél la espada del Rey Don Fernando que ganó á Sevilla, é allí los Grandes é Ricos-Hombres; á sus espaldas venian sus pendones y el estandarte de su devisa, é á la mano derecha venian el pendon de Santiago, y el de Santo Isidro de Leon, y el de Sevilla, é los pendones de los Caballeros venian á la mano izquierda, é los pages, é los hombres darmas á sus espaldas detras de los pendones; é así llegó á la Iglesia mayor, y el Arzobispo é todos los Clérigos lo salieron á rescibir en procesion á la puerta del Perdon cantando: *Te Deum laudamus*; é llegó así ante el altar mayor, llevando en la mano el espada del Rey Don Fernando, é adoró la Cruz; é despues puso el espada con gran reverencia en la mano del Rey Don Fernando donde la habia sacado, é fuese al Alcazar donde lo estaba esperando la Infanta Doña Leonor, su muger.

CAPÍTULO XLIII.

De lo que los Moros hicieron desque supieron que el Infante estaba en Sevilla.

Desque los Moros supieron como el Infante estaba en Sevilla, vinieron hasta mil de caballo é dos mil peones por tomar á Xebar, é combatiéronla muy recio todo un dia, y entraron el Cortijo, é llevaron el trigo é cevada é caballos que ende hallaron que tenia Pero Sanchez Descobar, el qual se retraxo en la torre, é defendióla muy bien. Y el Infante habia mandado pregonar que ninguno fuese osado de entrar en tierra de Moros ni hacer daño en ella, en tanto que se tratasen las treguas desde seis dias de Noviembre en adelante, porque así quedaba ordenado entre Su Señoría y el mensagero Moro del Rey de Granada. E los Moros antes que viniesen los seis dias tornaron á combatir á Xebar; é tomáronlo por pleytesía, é aportilláronlo, é dexáronlo así; y esto hicieron porque hecha la tregua

quedasen con el término de Xebar que es muy grande y bueno. E como los Moros se fueron antes que llegasen los seis dias de Noviembre, Rodrigo de Narbaez tornó á tomar el castillo, é hizolo luego muy bien adobar, é puso ende ciento de caballo é cient peones, y embiólo luego decir al Infante; de lo qual hubo gran placer por el avisamiento que Rodrigo de Narbaez hubo, porque la fortaleza é sus términos quedase por el Rey su señor é su sobrino.

CAPÍTULO XLIV.

De como el Rey de Granada embió demandar treguas á la Reyna y al Infante.

El Rey de Granada embió sus cartas al Rey de Castilla, é á la Reyna, su madre, é al Infante por sosegar las treguas, las quales se otorgaron por diez y siete meses, porque el Reyno estaba muy gastado, é los Caballeros que habian estado en la guerra con el Infante venian muy trabajados, é si las treguas no se otorgaran, era forzado de poner fronteros en muchos lugares, para los quales á lo menos eran necesarios veinte cuentos ó mas; é las treguas se otorgaron muy igualmente de Rey á Rey, é de reyno á reyno, por mar é por tierra, con parias que los Moros diesen trecientos captivos Christianos en tres terminos, de los que tenían. Y hecha la tregua, el Infante mandó á los Caballeros que cada uno se fuese con la gracia de Dios á holgar á su tierra, y embió á llamar por los Caballeros que tenia embiados por fronteros, y mandóles que se viniesen allí á Sevilla; y embió mandar al Almirante Don Alonso Enriquez su tio que estaba en Cáliz, que embiasse las naos á Vizcaya, é se viniese á Sevilla con las galeas, el qual lo puso así en obra, é traxo á Sevilla quince galeas é tres leños. Y el Infante y la Infanta su muger fueron á ver la flota, é hicieron honorable rescibimiento al Almirante.

CAPÍTULO XLV.

De como el Infante quiso saber si el Reyno de Aragon le pertenescia.

Desque los más de los Caballeros fueron partidos de Sevilla, quiso saber muy ciertamente si el Reyno de Aragon le pertenescia, é mandó juntar los Arzobispos de Santiago é Sevilla, é todos los Letrados, clérigos y legos, legistas é canonistas y teólogos, é mandóles dar en escripto las razones que cada uno daba de los que demandaban el Reyno de Aragon, y en que grado de debdo cada uno de aquellos estaba con el Rey Don Martin de Aragon, su tio, que era fallecido como ya la historia lo ha contado. E los Letrados tuvieron estas escripturas quince dias; é los unos tomaron la parte del Infante, é los otros la de los que demandaban el Reyno, porque mas claramente la verdad se supiese. E despues de grandes disputaciones hechas por ellos, hallóse por todos el Reyno pertenescer al Infante Don Fernando. E con todo eso, el Infante

por ser mas certificado de la verdad, embió sus cartas al Rey Don Juan é á la Reyna su madre, suplicándoles é pidiéndoles por merced que mandasen juntar quantos Letrados y Doctores habia en su Corte, é les mandase notificar este caso, é ciertos testamentos y escripturas que él les embió; é todo visto determinasen si él tenia derecho al Reyno de Aragon.

CAPÍTULO XLVI.

De como el Rey de Belamarin embió sus cartas al Infante requiriéndole que hiciese amistad con él.

En este tiempo el Rey Belamarin escribió al Infante ciertas cartas, la conclusion de las quales era quisiese hacer amistad con él, é que le ayudaria contra el Rey de Granada. Y en este tiempo vinieron nuevas al Infante en como el Alcaide de Gibraltar é todos los Moros dende habian tomado voz por el Rey de Belamarin, y eran alzados contra el Rey de Granada; é algunos que en ello no consintieron echáronlos de Gibraltar, é mandáronles que se fuesen á su Rey de Granada; é desque esto él supo, fuese para Granada, é soltó un hermano del Rey de Belamarin que tenia preso, é dióle grande haber, y escribió á todos los amigos que tenia en el Reyno de Belamarin, requiriéndoles é rogándoles que tomasen aquel por Rey, porque su hermano era malo, é daba favor á los Christianos, é dexaba perder los Moros de Dios é su tierra. Y este Infante se fué á la sierra, donde fué muy bien rescebido de los Moros, é se fué con él mucha gente dellos en su ayuda.

AÑO QUINTO.

1411.

CAPÍTULO PRIMERO.

De como el Infante estuvo algunos dias enojado en Sevilla; é de como se partió para Castilla.

El Infante estuvo algunos dias enojado en Sevilla de calenturas, é desque se le partieron, partióse de Sevilla en miercoles, catorce dias de Henero, é continuó su camino para Guadalupe, andando cada dia dos ó tres leguas quando mas; é llegando á Zalamea concertáronlo un puerco, é matólo, en que rescibió placer, é partióse para Medollin; é allí

CAPÍTULO XLVII.

De como Zaide Alemin traxo los captivos de las dos pagas que el Rey de Granada habia de dar en parias.

En este tiempo Zaide Alemin vino al Infante, é tráxole las dos pagas de los captivos que el Rey de Granada habia de dar en parias por las treguas que le otorgaron, é habíalos de dar en tres pagas. Y en diez dias de Octubre vino á Sevilla con los ciento dellos que eran de la primera paga, é con los otros ciento en cinco dias de Henero de la segunda paga. E allí Zaide Alemin traxo al Infante presente de fruta, en que le embió el Rey de Granada ocho azemilas cargadas de dátiles é higos é nueces é almendras é ciruelas é cañas de azúcar; y el Infante lo rescibió todo graciosamente, y embiólo agradecer al Rey de Granada, é los Moros hicieron salva de todo ello, é desque fueron idos, mandó repartir todo el presente que le habian traído por los Caballeros de la Corte é de la cibdad, que no le quedó dello cosa alguna. E quando le traxeron los cient captivos primeros, esperólos en la Iglesia; é estando el Infante oyendo Misa llegaron al tiempo de la ofrenda, y el Infante los ofresció á la Misa. E quando vinieron los de la segunda paga, el Infante se sintió mal, é mandó á la Infanta Doña Leonor su muger que los fuese á rescebir, é los ofreciese ante el altar mayor, y ella lo hizo así. Y el Infante los mandó á todos vestir, é mandó poner á cada uno dellos en la ropa una manga colorada, é así los embió al Rey Don Juan é á la Reyna su madre.

En el año de diez no se halla cosa allende de lo dicho que digna sea de memoria.

Guadalupe, é dende adelante para Valladolid donde el Rey é la Reyna estaban.

CAPÍTULO II.

De lo que el Rey de Granada hizo desque supo que el Infante era partido de Sevilla.

E como el Rey de Granada supo que el Infante era partido de Sevilla, ayuntó su hueste é fuese echar sobre Gibraltar, y estaba dentro un Infante hermano del Rey de Belamarin, que se llamaba Mulebucid, con hasta mil de caballo, el qual con los de la villa salian escaramuzar con los del Rey de Granada; y estuvo allí el Rey de Granada el mes de Hebrero é de Marzo, é íbale ya menguando las viandas de tal manera, que no se pudieron detener allí, salvo porque acaesció que el Rey de Belamarin embiaba tres navios cargados de pan é de otras vituallas para Gibraltar, é la flota del Rey de Granada tomólos, é con aquello el Real del Rey de Granada se pudo algo sostener.

CAPÍTULO III.

De como el Infante Moro de Belamarin que el Rey de Granada embió en sus tierras, se levantó contra el Rey su hermano, é lo que entre ellos acaesció.

El Infante Moro, hermano del Rey de Belamarin, que el Rey de Granada habia embiado en Belamarin, como fué en su tierra, é los Moros de Belamarin eran muy descontentos de su Rey porque no habia embiado ayuda al Rey de Granada quando el Infante tenia cercada á Antequera, como supieron de su venida, vino muy gran gente para él, é ayuntada su hueste, fué buscar al Rey su hermano por le dar batalla; y el Rey desque lo supo, ayuntó toda la gente de caballo é de pié que pudo, y embió por cabdillo della á un su Alcaide llamado Abdalla Tarife, para que fuese pelear con el Infante; é iban con él todos los Christianos que el Rey de Belamarin tenia, é iba por capitán dellos un Caballero que llamaban Juan Gonzalez de Valladares, natural de Campos, é habia gran tiempo que servia al Rey de Belamarin. E los unos é los otros ordenaron sus haces, é dióse la batalla que fué muy crudamente herida por los unos é por los otros; é al fin muchos de los Moros del Rey se volvieron á la parte del Infante, é con esto él hubo la victoria. E afirmáse que en esta batalla fueron muertos mas de diez mil Moros de ambas partes; é murió ende Juan Gonzalez de Valladares, y con él ochenta Christianos; é fué preso Adalla Tarife, el Capitan del Rey de Belamarin. E habida esta batalla por el Infante, fuése con toda su hueste cercar al Rey de Belamarin en la cibdad de Fez.

CAPÍTULO IV.

De como el Infante continuó su camino para Valladolid.

El Infante Don Fernando continuó su camino, como dicho es, para Valladolid, donde llegó á dos

de Abril, é fué recebido como convenia á tan gran Principe despues de haber vencimiento de tal batalla como dicho es, é de cercos de las villas é castillos que en seis meses de los Moros tomó; é llegado á hacer reverencia al Rey, la Reyna le mandó que le diese paz: el Infante le besó la mano poniendo la rodilla en el suelo, y el Rey le dió la paz. E luego fué besar la mano á la Reyna con aquel mismo acatamiento; é la Reyna le puso los brazos encima, é asimesmo le dió paz, é le dixo que daba muy grandes gracias á Dios por lo haber traído sano é victorioso, despues de haber hecho tanto servicio á Dios y al Rey, é que esperaba en Nuestro Señor que el Rey su hijo le haria muchas mercedes por ello.

CAPÍTULO V.

De la embaxada que el Rey de Portugal embió á la Reyna y al Infante.

En este tiempo vinieron embaxadores de Portugal al Rey Don Juan é á la Reyna su madre, la conclusion de los quales era demandando que pues el tiempo de la tregua con Castilla se cumplia muy presto, les pluguiese dar paz perpetua á Portugal, que no era bien que entre Christianos hubiese guerra. Sobre lo qual hubo grandes altercaciones en el Consejo, é unos decian que era bien que la paz se hiciese para siempre, é otros decian que no era razon mas que se diese tregua por algun tiempo. El Infante dixo que le parecia que se debia ver si el Rey, su señor y su sobrino, tenia algun derecho al Reyno de Portugal, é si esto pareciese que era razon, de darles tregua quando mas por ocho ó diez años; é si se hallase no tener derecho alguno, que bien podia dar la tregua por mas largo tiempo, ó perpetua si le pareciere. Y en esto se hubieron de detener los embaxadores, porque no se pudo bien determinar si el Rey Don Juan tenia derecho al Reyno de Portugal, ó no. E la conclusion que en esto se tomó no se halló en escrito.

CAPÍTULO VI.

De lo que el Infante escribió al Rey de Castilla é á la Reyna su madre.

El Infante, al tiempo que se partió del Andalucía, escribió sus cartas para el Rey é para la Reyna, que mandasen llamar á Cortes á todos los Procuradores de las Cibdades é Villas, para los quales él asimismo escribió mandándoles que viniesen á otorgar lo necesario para la guerra de los Moros del año venidero, despues de la tregua cumplida de los diez y siete meses. E quando llegó á Valladolid, halló que todos los Procuradores eran venidos, é mandólos ayuntar, é hizoles saber como la Reina y él habian hecho treguas con los Moros del Reyno de Granada por diez y siete meses, que se cumplian á diez de Abril del año del nascimiento de Nuestro Redemptor de mil y quatrocientos é doce años, é que salida la tregua, convenia hacerles luego la